

CAPÍTULO XXI

Los dos compadres.

Al oír Chicot semejante anuncio volvió á sentarse, y siguiendo su loable costumbre, se puso de espaldas á la puerta, mientras que con los ojos medio cerrados se entregaba á una de esas meditaciones interiores que le eran tan habituales, cuando vinieron á sacarle de su estupor las primeras palabras pronunciadas por el mensajero de Guisa.

En consecuencia abrió enteramente los ojos; pero por fortuna ó por desgracia, entretenido el rey con el recién llegado no advirtió esa manifestación, que en Chicot solía ser siempre significativa.

El mensajero se hallaba á diez pasos del sillón en que Chicot estaba sumergido, y como el perfil de

Chicot apenas pasaba de los adornos del sillón, su ojo perspicaz veía perfectamente todo el cuerpo del mensajero, mientras que éste sólo podía ver el ojo de Chicot.

— ¿Venís de la Lorena? preguntó el rey al mensajero, cuyo continente era muy noble y su rostro marcial en extremo.

No, señor, vengo de Soissons, donde el señor duque, que hace un mes no ha salido de allí, me ha entregado esta carta que tengo el honor de poner á los pies de V. M.

El ojo de Chicot centelleaba y no perdía un solo gesto del recién venido, así como sus oídos no perdían una sola palabra.

El mensajero abrió su colete, cerrado con broches de plata, y sacó de un bolsillo de badana, forrada de seda, que llevaba en el lado izquierdo, no una carta sino dos, pues la una estaba unida á la otra por la oblea; de suerte que aun cuando el capitán no creía sacar más que una, cayeron ambas sobre la alfombra.

Chicot no perdió de vista esta carta, así como el ojo del gato sigue el vuelo del pájaro.

Vió también que á la caída inesperada de esta carta las mejillas del mensajero se cubrieron de un sonrosado carmín, y se vió muy embarazado al tener que recogerla, así como para entregar al rey la primera.

Pero Enrique nada vió: Enrique, modelo de confianza, á lo menos en aquella hora, no atendió á nada. Únicamente abrió una de aquellas dos cartas, la que quisieron darle, y la leyó.

El mensajero, por su parte, viendo al rey absorto

en esta lectura, se quedó también parado contemplando la fisonomía del rey, en la cual buscaba un reflejo de todos los pensamientos que tan interesante lectura debía suscitarle.

— ¡Ah, maese Borromeo! ¡maese Borromeo! murmuró Chicot siguiendo con la vista hasta los menores movimientos del servidor leal de Mr. de Guisa. ¡Ah! tú eres capitán, y no das al rey sino una carta cuando traes dos en el bolsillo; aguarda, querido, aguarda.

— ¡Está bien, está bien! exclamó leyendo de nuevo la carta del duque de Guisa con visible satisfacción; capitán, podréis decir á Mr. de Guisa que estoy sumamente agradecido al ofrecimiento que me hace.

— ¿No se digna honrarme V. M. con una respuesta por escrito? preguntó el mensajero.

— No, pienso verle dentro de un mes ó de seis semanas; por consiguiente, le daré yo mismo las gracias, idos.

El capitán hizo un saludo y salió de la habitación.

— Ahora conocerás, mi buen Chicot, dijo el rey dirigiéndose hacia su compañero, á quien suponía abismado en su sillón, ahora verás que Mr. de Guisa es ajeno á toda clase de maquinaciones. Este valiente duque ha sabido el asunto de Navarra, teme que los hugonotes se envalentonen y levanten la cabeza, pues tiene noticias de que los alemanes quieren ya enviar refuerzos al rey de Navarra. Pero, ¿qué hace? ¿A ver si lo adivinas.

Chicot no respondió: Enrique se figuró que aguardaba la explicación.

— ¡Pues bien! continuó, me ofrece el ejército que

acaba de levantar en Lorena para estar en observación de Flandes, y me previene que dentro de seis semanas todo este ejército, hasta con su mismo general, estará á mi disposición. ¿Qué te parece de esto, Chicot?

Ni una palabra obtuvo por respuesta.

— En verdad te digo, mi querido Chicot, continuó el rey, que tienes algo de absurdo, mi buen amigo, eres terco como una mula castellana, y cuando tiene uno la desgracia de convencerte de algún error, lo que sucede con harta frecuencia, te pones mohino y enfadado ¿eh?... Sí, muy mohino, y muy tonto por añadidura.

Ni un soplo vino á contradecir á Enrique en la opinión que acababa de manifestar de una manera tan franca acerca del carácter de su amigo.

Y este silencio era una cosa que disgustaba á Enrique mucho más que la misma contradicción.

— Creo, dijo, que el muy tonto ha tenido el descaro de quedarse dormido. Chicot, tu rey te habla, ¿quieres contestar? añadió encaminándose hacia el sillón.

Pero Chicot no podía contestar, atendiendo á que ya no estaba allí, y Enrique encontró el sillón vacío. Sus ojos recorrieron toda la habitación. El gascón tampoco estaba en el cuarto. Su casco había desaparecido como él y con él.

El rey fué acometido de una especie de estremecimiento supersticioso; pasábale á veces por la mente que Chicot era un espíritu, una encarnación diabólica, de buena especie, es verdad, pero diabólica al fin.

Llamó á Nambu.

Nambu no tenía nada de común con Enrique. Era, por el contrario, un espíritu fuerte, como lo son por lo general todos los que custodian las antecámaras de los reyes. Creía en las apariciones y desapariciones, él, que tantas había visto; pero en las de personas vivientes y no en las de espíritus diabólicos.

Nambu aseguró al rey haber visto salir á Chicot como unos cinco minutos antes de que saliese el enviado de monseñor el duque de Guisa, advirtiéndole únicamente que salía con la ligereza y con las precauciones de un hombre que no quería que se le viese salir.

— No hay duda, exclamó Enrique pasando á su oratorio, Chicot se ha amostazado de no tener razón. ¡Qué miserables son los hombres, Dios mío! y esto sucede generalmente hasta con los de más talento.

Maese Nambu tenía razón; Chicot, cubierto con su celada y armado de su larga tizona, había atravesado las antesalas sin meter mucho ruido; pero á pesar de sus muchas precauciones, no había podido evitar que sonasen las espuelas al bajar las escaleras que conducían desde las habitaciones á la puertecilla del Louvre, ruido que había llamado la atención de mucha gente y que había valido á Chicot innumerables saluciones, porque nadie ignoraba la posición que ocupaba cerca del rey, y muchos saludaban á Chicot con más expresión que hubieran saludado al mismo duque de Anjou.

Al llegar Chicot á la puerta se separó como para atarse bien una espuela.

Ya hemos dicho que el capitán de Mr. de Guisa

había salido como unos cinco minutos después de Chicot, en el cual no había fijado su atención. Había bajado las escaleras y atravesado los patios, orgulloso y encantado á la vez; orgulloso, porque al fin no era soldado de mala traza, y gustaba de hacer ostentación de sus gracias delante de los suizos y de la guardia de S. M. Cristianísima; encantado, porque el rey le había recibido de un modo que probaba que no tenía sospecha alguna contra el duque de Guisa.

En el momento en que salía del umbral de la puertecilla del Louvre, y atravesaba el puente levadizo, sintió un traqueteo de espuelas que le parecía como el eco de las suyas.

Volvió la cabeza creyendo que el rey habría mandado que le siguieran, y no pudo menos de quedar sorprendido al descubrir por la rejilla de su celada el rostro apacible y la fisonomía gazmoña del ciudadano Roberto Briquet.

Nuestros lectores conocerán muy bien que el primer movimiento de estos dos hombres no debía ser precisamente muy simpático.

Borromeo abrió una boca de medio pie cuadrado, como dice Rabelais, y suponiendo que el que le seguía deseaba hablar con él, suspendió su marcha, de suerte que Chicot le alcanzó en dos zancadas.

Sabido es el espacio que salvan las zancas de Chicot.

- ¡Cáspita! dijo Borromeo.
- ¡Diantre! exclamó Chicot.
- ¡Mi buen ciudadano!
- ¡Reverendo padre!

— ¡Con esa celada!

— ¡Con ese coletito!

— ¡Maravillome mucho de veros!

— ¡Es una gran satisfacción para mí el alcanzaros!

Y ambos se miraron por espacio de algunos segundos con el aspecto hostil de dos gallos que se disponen á la pelea, y que para intimidarse el uno al otro se levantan sobre sus espolones.

Borromeo fué el que primero pasó de lo grave á lo dulce.

Los músculos de su rostro perdieron su tensión, y con cierto aire de marcial franqueza y de amable urbanidad, exclamó:

— ¡Vive Dios, maese Roberto, que sois un compadre astuto!

— ¡Yo, reverendo! respondió Chicot. ¿Y por qué motivo me decís semejante cosa?

— Por la jornada del convento de dominicos, donde me habéis hecho creer que no erais más que un simple ciudadano, y á la verdad, es necesario que seáis diez veces más valiente y más travieso que un procurador y un capitán, todo en una pieza.

Chicot conoció que el cumplimiento era de los labios y no del corazón.

— ¡Ah, ah! respondió con buena fé. ¿Y qué deberemos decir de vos, señor de Borromeo?

— ¿De mí?

— Sí, de vos.

— ¿Y por qué?

— Por haberme hecho creer que no erais más que un fraile. Se necesita que seáis diez veces más redó-

mado que el mismo papa, y cuidado, compadre, que yo no os desprecio al deciros esto, porque debéis convenir en que hoy el papa es el más terrible promovedor de tramas.

— ¿Sabéis lo que decís? preguntó Borromeo.

— ¡Diantre! ¿Por ventura miento yo alguna vez?

— Enhorabuena, tocad esos cinco, dijo presentando la mano á Chicot.

— ¡Ah! vos me habéis llevado mal al convento, hermano capitán, dijo Chicot.

— Os tomé por un simple paisano, y ya sabéis el cuidado que nos dan los paisanos á nosotros, gentes de armas tomar.

— Es cierto, dijo Chicot riéndose, lo mismo que á los frailes, y sin embargo, me habéis cogido en la trampa.

— ¿En la trampa?

— Si por cierto, pues con ese disfraz me tendrais un lazo. Un capitán valiente como vos no cambia sin razones muy poderosas su coraza por un sayal.

— Con hombre que cñe espada yo no debo tener secretos. Os lo confieso, tengo ciertos intereses particulares en el convento de los dominicos; ¿pero y vos?

— Yo también, dijo Chicot, pero silencio.

— Hablemos de esas cosas. ¿Consentís en ello?

— No deseo otra cosa.

— ¿Sois aficionado al buen vino?

— Sí, con tal que sea bueno.

— Pues bien, yo sé de una famosa taberna que no tiene rival en París.

— También yo conozco otra, dijo Chicot. ¿Y cómo se llama la vuestra?

— *El Cuerno de la Abundancia.*

— ¡Ah! ¡ah! exclamó Chicot estremeciéndose.

— ¿Qué es eso, compadre?

— Nada.

— ¿Tenéis que decir algo contra mi taberna?

— No por cierto, todo lo contrario.

— ¿Y la conocéis?

— Tampoco, y eso es lo que me admira.

— ¿Queréis seguirme á ella?

— ¿Por qué no? Ahora mismo, y con mucho gusto.

— Vamos, pues.

— ¿En dónde está situada?

— Hacia la puerta de Bourdelle. El patrón es un antiguo conocido, que sabe apreciar perfectamente la diferencia que hay entre el paladar de un hombre como vos y el gáznate de un quidam.

— Es decir, que allí podremos hablar á nuestra satisfacción.

— Y en la bodega, si nos parece mejor.

— ¿Sin que nadie nos incomode?

— Cerraremos la puerta por dentro.

— Vamos, dijo Chicot, ya veo que sois hombre de grandes recursos, y tan bien quisto en tabernas como en conventos.

— ¿Os figuráis que tengo relaciones con el tabernero?

— Creo que sí.

— Pues lo que es ahora os equivocáis de medio á medio. Bonhomet me vende su vino cuando se lo

pido, y yo lo pago cuando quiero. He aquí todo el misterio

— ¡Bonhomet!... dijo Chicot. ¡Pardiez! ese es un nombre que promete.

— Y que sabe cumplir. Venid, compadre, venid y nos alegraremos.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Chicot en voz baja siguiendo al fingido fraile; ahora es cuando necesitas recurrir á tus mejores muecas y contorsiones, amigo Chicot, porque si Bonhomet te reconoce antes de que sea preciso, pobre de ti, mentecato.